

Existe un fenómeno irreversible en nuestra América irreversible. Miles de hombres, mujeres y niños son víctimas del desarraigo y caminan la dura ruta del exilio huyendo de dictaduras militares obsoletas. Es un hecho inhumano y absurdo. Quizá el exilio tenga sus aspectos positivos; pero es fundamentalmente una agonía, la peor de las agonías, cuando la esperanza la alimenta. El exilio del latinoamericano, mientras tenga como escenario nuestros países, integra las patrias pequeñas y las conduce hacia una unidad cultural, económica y política que debe ser el destino de los países de un mismo origen en un momento en que se definen las naciones como grupos humanos necesarios. El peligro es cuando, aun ante los mismos intereses comunes de la civilización, el individuo se ve obligado a emigrar a ambientes que le son hostiles, en los cuales se habla un idioma distinto al nativo, la religión choca con las creencias naturales del espíritu natural, la discriminación racial arde en carne viva. Es el caso de la marcha forzada a los Estados Unidos, hermanables en la hora oportunista de la desgracia, pero fríos e indiferentes en la hora de la verdad. A esto hay que agregar que el exiliado latinoamericano es el producto de las contradicciones de las políticas locales de países que, por necesidad y estrategia, tienen que proclamarse representantes de los sistemas democráticos liberales, creando confusión y crueldad para justificar legalmente su egoísmo internacional.

El exiliado carga en su conciencia un drama que constituye lo más angustioso de su condición. Pronto se convierte, por la misma angustia circunstancial, en un complotista pasivo o activo, no por el hecho de sus ideas, sino por su supervivencia. Su aspiración suprema es regresar a su tierra natal con nuevas experiencias y una nueva visión del mundo. Esta esperanza del regreso es la que lo mantiene ágil y humano, beligerante e insomne. Puede suceder que su sueño se realice. Lo más lógico es que no suceda así porque los regímenes políticos, armados hasta las entrañas, de que es víctima, tiene la piel dura, muy dura. Si sus pasos lo devuelven a sus lares encontrará en su ambiente hereditario que no todo era tan cierto como se lo imaginó a la distancia. Sentirá nostalgia, la nostalgia de sus años pasados en el destierro con la esperanza de volver a una realidad que, a lo largo de los años, ya le es extraña. Padece esa deformación que un escritor sudamericano llamó "las vicisitudes del descastamiento". Sentimentalmente siente lo que pasa a su alrededor, pero intelectualmente es extraño a su entraña que se desarrolló mientras estuvo lejos de esta realidad hasta convertirse en un tumor maligno.

Las ingentes sumas de esfuerzo humano, intelectual y económico que los Estados prepotentes gastan en la formación de su hombre natural las tira al viento y sólo son provechosas para las instituciones donde el exiliado echa raíces inestables. Este es el castigo involuntario que las emigraciones políticas llevan en su espíritu, castigo histórico e inexorable como el tiempo. Por el momento estamos viviendo intensamente este fenómeno en nuestra América, tras una serie de golpes de Estado de tipo fascistoide indiscriminadamente anticomunista, o al revés. Chile, Argentina, Uruguay, Brasil, Bolivia, Centro América, Cuba, provocan estos movimientos absurdos y pierden a sus mejores hijos que integran la diáspora que los conduce, más o menos disimuladamente, a un ghetto honesto pero que, como ghetto, es siempre inhumano.

Son miles de familias las que han huido de sus hogares para errar por el mundo en busca de una paz digna, con libertad, techo y pan. El resto, la obra del espíritu, la traen con ellas, y la ofrecen gratuitamente a los países que los acogen sin exigirles nada. ¿Volverán estos individuos a sus países de origen? Es lo que ansían. Muchos dejarán sus huesos en el destierro, muchos otros regresarán a sus querencias como sombras que fueron y que ya ni siquiera son, a pesar de que respiren el aire contaminado que rodea actualmente la atmósfera planetaria.

Conocemos a muchos sudamericanos que viven su exilio honorable en nuestra patria. Pelean por la libertad y la dignidad humanas para que ambas virtudes merezcan nuestro respeto. Sus ideas no nos interesan: la vida se encargará de afirmarlas como afirma y rectifica todo lo que concierne al reino de este mundo. Entendemos su drama, sentimos su tragedia, pensamos en sus esperanzas. Egoístamente nos aprovechamos de su sabiduría que no siempre es producto de los libros y los laboratorios, sino de los golpes que deja en el alma el contacto con los demás hombres y las demás circunstancias.

